

se en los liberales, para defenderse de los absolutistas persistió tercaamente en su propósito de no cejar ante la Revolución, y conservar el mando á toda costa. Declaró en estado de sitio á la capital, y mandó al general Latre con un ejército de 3.000 hombres contra los insurrectos de Andalucía, que avanzaban ya sobre la capital, dirigidos por el conde de las Navas. Otro nuevo desengaño sufrió allí el Ministerio, pues al avistarse ambas huestes, los soldados del general Latre en vez de acometer á los revolucionarios, se unieron á ellos dejando solo á su general.

Obcecado el orgulloso conde de Toreno en conservar las riendas del Gobierno, á pesar de que se veía que España entera le rechazaba, se desahogó en decretos y proclamas insolentes de que todo el mundo se burlaba, y llevó su torpe ceguedad hasta el extremo de solicitar el apoyo de los franceses para sojuzgar á la España que le negaba la obediencia. No fueron tampoco muy afortunadas sus gestiones en este asunto, á pesar de que se valió de la diplomacia de su amigo Martínez de la Rosa: el Rey de los franceses, guiado de una justa prudencia, no quiso intervenir en negocio tan peligroso.

El conde de Toreno y la Reina Gobernadora continuaron en su terca obstinación, y los revolucionarios cada vez más irritados aumentaron su actitud, declarando traidores á los ministros. La Nación en aquellos días era un verdadero caos: el Gobierno á duras penas se hacía obedecer exclusivamente dentro de Madrid, pues en el resto de España cada provincia ó más bien cada pueblo se gobernaba á su capricho, y era una verdadera República federal, pero sin cohesión alguna, ni centro que la diese la más ligera sombra de unidad, y mientras tanto los carlistas por su parte, defendiendo su causa y continuando la mortífera guerra, aumentaban la confusión. Fatales hubieran sido los resultados de un estado de cosas tan violento é inconcebible, si un hombre no se hubiera presentado en aquellos momentos á salvar con su ruda energía y su talento maravilloso el Trono de Isabel II, y la causa de la libertad que se hallaban al borde de un profundo abismo.

Ya dijimos que Mendizabal había sido nombrado ministro de Hacienda al tiempo de formarse el Gabinete del conde de Toreno; pero hallándose á la sazón en Londres, en donde asuntos particulares le detuvieron, no pudo acudir á tomar posesión de su destino hasta que los negocios públicos se hallaban en la desesperada situación que acabamos de bosquejar. No era este hombre eminente muy conocido aun en España: sin embargo, los sucesos de Portugal le habían dado ya una reputación política en toda Europa. En Andalucía se le conocía bastante, puesto que en el año de 1820 fué el principal motor y sostenedor de la Revolución que Riego llevó á cabo con tanta fortuna. De un carácter emprendedor y activo, de un valor y una osadía á toda prueba, de un talento profundo, sobre todo, en cuestiones de Hacienda, y de unas ideas sumamente avanzadas en política, era el único hombre capaz de reconstruir el edificio social en el desesperado estado en que los desaciertos del Gobierno de Cristina le habían puesto.

Llegado á España en ocasión tan crítica, lejos de desfallecer su ánimo, entusiasmóse con la idea de salvar á su Pátria, dándole doble valor los obstáculos casi insuperables que tenía que vencer.